



LA MUJER GITANA PLANTA CARA A LOS PREJUICIOS >



Mara Vizarraga con su pequeña Carmen mirando un dibujo a la salida de la ikastola. FOTO: PABLO VIÑAS

El muro étnico se rasga un poco más

Cuatro mujeres gitanas hablan para DEIA de la necesidad de romper estereotipos

NEKANE LAUZIRIKA
BILBAO

LA reciente sentencia del tribunal de Derechos Humanos de Estrasburgo reconociendo la pensión de viudedad a una mujer casada por

el rito gitano, hace saltar uno de los cerrojos tenazmente sellado para la ciudadanía: el de la integración de la minoría étnica por antonomasia, la gitana y, específicamente, la de la mujer gitana.

No sería sino un *pasito* más en el camino de su integración y su reco-

MARA VIZARRAGA

“Mi hija podrá elegir entre casarse o no, hacerlo con un gitano o con un payo”

BILBAO. Mara se casó por la iglesia evangélica pero no se inscribió, por lo que la sentencia le viene al dedo. Trabaja en la Asociación *A Mujer* porque cree que en la mujer está el camino de la formación y de la integración. “Somos un pueblo no enseñado, que hasta ahora hemos rehuído de los estudios por lo que luego éramos discriminadas precisamente por nuestra nula preparación. Me he sentido discriminada por gitana, por mujer, pero mirando con sosiego hacia atrás, la mayor discriminación se siente por no tener los estudios”, reflexiona y repite. “Si hubiera tenido más estudios tendría más y mejores opciones, porque he trabajado como monitora de tiempo libre y me gusta trabajar con los niños”.

Mara se casó a los 20 años y tiene una hija, Carmen, de siete, para la que quiere dejar como herencia su opción a elegir con las mismas oportunidades que un chico y un payo, “porque los gitanos ni somos ladrones ni sucios ni falsos... toda la base de nuestro futuro la veo en la formación, en ayudar a las mujeres para que eduquen a sus hijas en la libertad y en el anhelo por estudiar”.

Mara da ejemplo llevando a su hija a la ikastola, donde antes estudió ella en castellano porque aún no había enseñanza en euskera, donde espera que la pequeña aprenda a poder elegir estudiar más o no, casarse o no, hacerlo con un gitano o con un

payo... ser una persona independiente.

Como sus compañeras de tertulia ella también cree que lo más importante es trabajar con las madres, “porque su reeducación dará opción a que su hija vaya al colegio, estudien no sólo para dejar de ser analfabeta, sino para que haga la ESO, el Bachiller y según su capacidad puedan hacer módulos superiores o ir a la universidad, y por este camino llegará también su capacidad para elegir si ser soltera, casarse, si trabajar o hacerlo en casa”, manifiesta con rotundidad Mara. “La clave está en la educación y la formación”.

Como despedida, Mara y sus compañeras reclaman para todo el Pueblo gitano, pero especialmente para ellas, para las mujeres gitanas/calé, que se acerquen a conocerlas y hablar. Observan en el mundo de los *payos* bastante pasotismo del dolor y de las preocupaciones de los del entorno, mientras que ellas son mucho más dadas a acercarse a quien sufre, a llorar con los demás. “Tal vez tengamos un corazón muy sensible en el que hacemos nuestros los problemas de los demás, es tal vez el mayor reclamo que hacemos hacia el mundo payo”.

Mara, de 28 años, está divorciada y pasando por encima de sus propias vicisitudes personales tiene muy claro que lo que quiere transmitir a su hija de siete años es que tenga opción de elegir, independientemente de lo que sea. “Para tener esta opción de elegir es necesario el diálogo entre payos y gitanos y la formación. Formación para los niños y para las madres en especial, que apoyen a sus hijos y especialmente a sus hijas a que sigan estudiando”.

“Los gitanos ni somos ladrones ni sucios ni falsos. Toda la base de nuestro futuro la veo en la formación”

LA MUJER GITANA PLANTA CARA A LOS PREJUICIOS

EMILIA CORTÉS

“Tenemos que empezar a revalorizarnos en nuestras casas”

nocimiento, si no fuera porque la sentencia sienta jurisprudencia, lo que supone un salto cualitativo de largo alcance.

Quizás a consecuencia de la propia sentencia o quizás por la lógica evolución de las personas tanto gitanas como payas, esta misma información se presenta como el símbolo inequívoco de que el agua y el aceite hace tiempo que ha comenzado a emulsionar y fusionarse. Hace más de una década era misión imposible conseguir el beneplácito de los varones gitanos para que sus mujeres aparecieran solas en el periódico. Hoy en día, con una sencilla llamada telefónica es posible hablar con cuatro de ellas con total libertad, bajo el esperanzador paraguas de un nuevo derecho reconocido. “Chanelamos naquelar” dicen ellas.

Junto a su alegría, resuenan con fuerza sus palabras de queja, de explicación de su realidad, su hartazgo de los estereotipos, su lenta evolución en la igualdad hombre-mujer dentro de su grupo y, sobre todo, sus reclamos de necesidad de formación y estudios, factores que para las mayores son el futuro de la verdadera integración de los y las jóvenes gitanos. Sus testimonios rebosan de color esperanza porque los estereotipos grabados en piel, a golpe de discriminación durante siglos, no se rasgan de un día para otro. La sentencia sólo abre el portón para que el muro de la desconfianza siga cayendo. Desconfianza nacida de un mutuo desconocimiento.

“Todavía hay quien nos ve en el estereotipo del gitano ladrón de gallinas y tratante falsario de burros, en la mujer gitana que viste *kilt-kolo* y que por ser gorda y muy morena se considera que va a robar; hay que borrar estos tópicos en función del diálogo y la educación”, espeta con energía Mari Carmen Jiménez, nacida en Madrid, hace 37 años pero vasca de adopción y educadora social titulada. “Aunque es bastante injusto que me busquen sólo para trabajar en el ámbito gitano cuando puedo hacerlo por preparación en cualquier otro”. Es sin duda un mal fruto del estereotipo, aunque ella no haya sufrido discriminación.

La familia de Emilia Cortés Dual lleva 200 años asentada en Bilbao y ella misma nació hace 53 años en la calle San Antón. “Mis hijos saben euskera y una mayoría de nuestros jóvenes lo estudian porque es una oportunidad de integración que a nosotras no nos llegó”, pregona con orgullo su vasquismo, la presidenta de *Gitanas Chanelamos Naquelar*. *Queremos hablar en caló*.

Emilia empezó en esto por la educación de las niñas y para superar el miedo al racismo. “La sentencia hace justicia grande, porque no somos extraterrestres, sino ciudadanas de un país. No le regalán nada, cotizó y está en su derecho a cobrar. Estoy orgullosa de esta mujer gitana luchadora”.

Si el estereotipo de gitana nómada puede aplicársele a alguien es a Carmen Borja. Nacida en Bilbao ha vivido en Buenos Aires, Uruguay, México, en Brasil y ahora de nuevo en la villa es la presidenta de la Asociación *A Mujer*. “Me ha dado mucha pena que una mujer gitana haya tenido que llegar a Estrasburgo porque el pueblo español no ha sabido escuchar, comprender ni valorar el derecho de una mujer legítimamente casada con su esposo”. Lo ve como un triunfo de la tenacidad y también de la mayor formación. “El tema de los estudios es vital”, remacha Carmen Borja.

BILBAO. Es mucho más directa y menos elucubrativa viviendo con los pies muy asentados sobre la tierra. “La ley no nos discrimina, pero por nuestra poca formación en muchas ocasiones estos derechos se nos escurren por entre las manos. Por esto, porque soy orgullosa de ser gitana y ser vasca, me siento discriminada. Si dices que eres gitana te rechazan, cosa que verdaderamente en otras partes del Estado no sucede o parece que sucede menos”, reconoce.

Tal vez Emilia por la edad y por sus propias vivencias es la que ha experimentado en sí misma una mayor evolución, la que por tanto no plantea sólo el tema desde fuera, sino muy especialmente desde dentro. “Nosotras tenemos que



Emilia Cortés, con mujeres de 'Chanelamos naquelar'. FOTO: PABLO VIÑAS

CARMEN BORJA

“Yo he querido y he podido mantener mi libertad”

BILBAO. Si ser soltera en la etnia gitana es casi un tabú, Carmen Borja lo ha roto. No se ha sentido nunca rechazada porque ha tenido suficiente cultura y se ha movido por muchos países. “Pero precisamente por esto me duele más que me hayan dicho que no era gitana. ¿Por qué? Porque tenía preparación o porque daba un aspecto de mujer normal, porque era soltera”, se interroga en alto Carmen.

Ella también ve en la educación y la formación el futuro de las mujeres gitanas, para lo que no sólo hay que llevar a las niñas al colegio, sino hacer que la madre se conciencie y la deje estudiar hasta donde de su capacidad alcance. “Si vas al mercadillo y las observas las ves muy sumisas, pero nuestro movimiento asociativo lo que trata es el generar igualdad entre niños y niñas; que ellos, los varones, participen también en las labores



Carmen Borja, en la sede de la Asociación 'A Mujer'. FOTO: PABLO VIÑAS

domésticas y que no maltraten a la mujer”.

Hace dos o tres décadas la edad media del matrimonio gitano ron-

daba los 15 y 16 años, ahora está en los 17 y 18 para las chicas y 19 para ellos. “Yo he querido y he podido mantener mi libertad, pero anti-

empezar a revalorizarnos en nuestras propias casas, con nuestros propios maridos. Hace no mucho, mi marido era un jueguista, un borrachín... algo bastante extendido en el pueblo gitano; a las niñas no les dejaba ir al colegio. ¿Para qué les va a servir me decía? Pero un trabajo diario mutuo ha hecho que mi marido de 60 años deje de beber y que valore el trabajo que hacemos las mujeres. Es un cambio para bien. Una evolución positiva por el trabajo de las mujeres. Para mí, de todo cuanto sucede, lo que más ilusión me hace es ver a los gitanos, especialmente a las niñas de 15 y 16 años, estudiando en el instituto”.

“Para nosotras, las mujeres de etnia gitana, con esa formación y opción de elegir, el precedente histórico de María Luisa Muñoz—que ha conseguido su pensión en Estrasburgo—lo vemos como heroína y luchadora por sus derechos. Ella será una base firme para nuestra integración total”, añade convencida Emilia Cortés.

gumente eran las familias las que casaban a sus vástagos; siguen diciendo que se concertan matrimonio, pero hoy en día lo cierto es que prefieren que no se casen a no ser que se vayan a fugar, entonces sí que quieren que lo hagan casadas”, explica.

“¿Casarse con los nuestros?”, se pregunta Carmen Borja, “Es lógico este deseo. Es normal que nos gusten los matrimonios entre los nuestros, pero con formación e independencia; si ya hay mujeres casadas con payos aún habrá muchas más que vayan hacia una integración normalizada”.

En cuanto a su opinión sobre el maltrato, se cuestiona en voz alta, “no creo que las gitanas seamos las más maltratadas en comparación con payas”, opina Carmen Borja, que facilita desde las oficinas del colectivo *A Mujer* la integración de las mujeres.

MARI CARMEN JIMÉNEZ

“Todavía pocas gitanas acaban Secundaria, pero esto irá a más”

BILBAO. Se alegra por la sentencia porque cree que esto es algo *nuevo* en el mundo payo, ya que la falta de papeles nunca fue entre los gitanos motivo de discriminación en un matrimonio. “Ahora hay muchos que se casan por el rito evangélico y firman papeles, pero antes no había papel alguno y el matrimonio era firme entre nosotros”.

También ella ve un cierto retraso generacional en la edad del matrimonio, pero no es algo homogéneo, depende de la estructura de la familia, de si están estudiando, y quieren seguir haciéndolo. “Es verdad que aún hay pocas que terminan Secundaria y sólo una que haya accedido a la Universidad, pero esto irá a más y modificará los hábitos



Mari Carmen Jiménez, educadora social. FOTO: PABLO VIÑAS

de casamientos”, dice con conocimiento de causa. Ella misma ha estudiado y está casada con un vasco y tiene dos hijos euskaldunes.

Frente a quienes defienden a ultranza que el maltrato no existe entre los gitanos, ella no se pone la venda en los ojos. “Existen maridos que maltratan a sus mujeres igual que en la comunidad paya. Y la mujer maltratada tiene dos rutas de escape. O bien reclamar la ley gitana que protege a la mujer en este caso y por donde puede llegar a separarse, o bien recurrir a la ley paya con toda su vía judicial”.

Mari Carmen toca un tema espinoso como es la relación no ya con la comunidad paya, sino con la población inmigrantes que está llegando. “La posición de los gitanos con respecto a los payos ha cambiado en los últimos veinte años y a mejor. En general nos sentimos tan vascos como los demás y no es de nuestro agrado que se nos empaquete en el mismo grupo de Bienestar Social que a los inmigrantes”.